

## UN PERSONAJE DE CÓMIC LLAMADO CERVANTES

Todos los escritores, al menos los de ficción, saben que los personajes tienen vida propia. Uno puede creer que los ha inventado, que se los ha imaginado, pero en cuanto empiezan a correr peripecias por las páginas, o en nuestra imaginación, ocurre un fenómeno extraño; adquieren autonomía, ya no van por donde queremos, se niegan a someterse a según que imposiciones. La criatura se independiza de su creador. Como si un hijo de carne y hueso se tratara empieza a tomar decisiones independientes.

La literatura nos da numerosísimos ejemplos de esto de lo que hablo: personajes que se independizaron e incluso fagocitaron a su creador. Si hay un caso paradigmático es el de nuestro admirado Cervantes. Todo el orbe conoce a Quijote y Sancho. Aunque jamás hayan leído una línea sobre ellos conocen sus aventuras y su aspecto. Hay gente que ha llegado a pensar que fueron personajes históricos con entidad real.

Eso en cuanto a los personaje pero ¿qué hay del autor? ¿Quién sabe quien era realmente Cervantes? Probablemente nadie porque como bien se dice: es más lo que desconocemos de Miguel que lo que conocemos.

Hay biografías, novelas, alguna película, serie de televisión e incluso algún tebeo, ya antiguo. Pero todo esto, con ser algo, parece insuficiente para dar a conocer al principal embajador de nuestra cultura española en el mundo. En este país cainita donde somos los primeros en condenar a nuestros próceres, Cervantes es una figura indiscutible. No fue político, ni guerrero ilustre. Fue artista, escritor, el príncipe de ellos, pero como fue pobre y ya está muerto se le pudo consentir y admirar. Y a pesar de este general reconocimiento sigue siendo un desconocido. Cuatro lugares comunes: el escritor del Quijote, el manco de Lepanto, el cautivo en Argel y el escritor viejo y pobre. Y ni siquiera estos cuatro tópicos son de conocimiento público y general.

A mi parecer, y no solo al mío, este Cuarto Centenario de Cervantes fue o podría ser una magnífica ocasión para sacar a Cervantes de la sombra del Quijote y hacerle brillar con luz propia, como hombre y artista. Existe un Cervantes mito que se va desdibujando ante la abrumadora supremacía anglosajona en la cultura global y de pantalla y es necesario dar entidad a un Cervantes personaje. Y digo personaje, porque el Cervantes hombre, por fuerza ha de ser personaje ante el silencio documental sobre los entresijos de su vida. La humanidad de Cervantes ha de ser imaginada y por tanto está fuera del alcance de la historiografía habitual. Aquí es donde la ficción histórica puede llenar un hueco y más aún, plantar un huerto de floridas proposiciones sobre como era nuestro hombre. ¿Interesado o generoso? ¿Noble o envidioso? ¿Alegre o áspero? ¿Irónico o cínico? ¿Triunfador o fracasado?

A la luz de los trabajos históricos, el autor de ficción: novelista, cineasta, dramaturgo o historietista, puede construir un personaje tanto más real cuanto más cercano sea a la realidad de su tiempo. O no, también puede bucear en si mismo buscando al personaje en el acervo común de todos los seres humanos. En mi caso, como historietista y dramaturgo, decidí inventar a mi Cervantes aunando dos de mis pasiones y a la vez medios de vida: el teatro y el cómic. Esto necesita una explicación.

Como todo español educado tuve mis juveniles escarceos con el Quijote. Ya más adolescente me leí las Novelas Ejemplares y asistí a la representación de

alguno de los entremeses cervantinos. Como he dicho al principio poco o nada era lo que sabía de Miguel. Las aventuras de la vida me llevaron a fundar mi propia compañía teatral en compañía de mi socio, un hombre alto y delgado. Como yo era más bajo que él y gordo parecía obvio hacer una adaptación del Quijote. Dicho y hecho. Fue un montaje de éxito que me tuvo ocho años encarnando al orondo escudero por los caminos de España y parte del extranjero. Durante esos años el Quijote fue mi libro de cabecera, siempre a la búsqueda de refranes y actitudes de Sancho. Nosotros no queríamos dar nuestra versión de la inmortal pareja, queríamos, presuntuosamente, acercarnos lo más posible a los personajes ideados por Cervantes. Queríamos hacer creer al público que tenían frente a ellos a los auténticos Quijote y Sancho.

Durante todos esos años mi conocimiento de Cervantes aumentó. Y con él mi admiración y agradecimiento. Admiraba su prosa castellana, su genio, y agradecía el legado que nos dejó, esa fuente inagotable de inspiración para las generaciones venideras. Llevado por ese agradecimiento quise hacer una obra de teatro sobre su vida. No había ironía en mi pretensión. Ya sabemos que Cervantes suspiró toda su vida por ser dramaturgo, o poeta como se decía entonces.

Escribí huyendo del Cervantes mitológico, buscando su humanidad. Fueron seis cuadros teatrales, seis momentos de su vida, vinculados por un narrador que llenaba los huecos en la narración. ¿Qué momentos escogí? Pues me pareció esencial hablar sobre su padre, Rodrigo, sobre su cautiverio en Argel, sobre sus mujeres, las Cervantas, sobre su fracasada vida matrimonial y el hastío del autoexilio esquiviano, sobre la soledad y la miseria del calabozo y por encima de todo sobre el proceso de ensoñación quijotesca. “Una vida más versada en desdichas que en versos”, como el mismo nos dejó escrito.

La obra, escrita en 2008, estaba pensada para un elenco demasiado numeroso para los tiempos de crisis que se abatieron sobre nosotros. No pude montarla y con gran pesar la metí en un cajón. Pasaron los años. Se acercaba el 2016, no podía dejar pasar la oportunidad y volví a leerla. Me gustó, todo sea dicho. Pero esta vez una idea empezó a rondarme. ¿Por qué no hacer una novela gráfica sobre Cervantes? Y aquí llega el momento de hacer una pequeña digresión.

El cómic español no ha utilizado, tan a menudo como podría desearse, nuestra historia como fuente de inspiración. A pesar de vivir en un país con una de las historias más trepidantes del planeta, a pesar de pertenecer a una de las culturas que más contribuye a la cultura global, nuestros historietistas no se han sentido motivados por nuestro pasado. Hay excepciones, claro. La más notoria, por todos recordada, es el Capitán Trueno. Pero es mera ficción, con poco o ningún rigor histórico, similar a su antecesora: el Guerrero del Antifaz.

El único historietista, que me viene a la mente, que utilizó la Historia recurrentemente en su trabajo fue Antonio Hernández Palacios que, empezando con una inconclusa adaptación del Cid, nos regaló bastantes álbumes inspirados en nuestra historia, desde la Guerra Civil a Felipe II. Por supuesto no fueron sus principales trabajos alimenticios. Tuvo que recurrir al western y al mercado francés para poder pagar sus facturas.

Hay algunos otros títulos: “Los Guerrilleros” de Bernet, Don Talarico de Jan y... poca cosa más. Muy recientemente la excelente novela gráfica de Olivares y García, “Las Meninas”.

¿Por qué la Historia no inspira a nuestros historietistas? Se me ocurren muchas causas que exceden el marco de esta ponencia. Baste señalar que ante

tanta desoladora carencia yo he decidido aportar mi granito de arena y enfocar la mayoría de mi producción historietista y teatral a la divulgación histórica. Y esa es la tercera pata del banco de mi novela gráfica: La Historia. Junto con el teatro y el cómic forman la trilogía de mi motivación y mi propósito. Dicho de otra manera, al acercarse la conmemoración cervantina me vi obligado inexcusablemente a poner la vida de Cervantes en viñetas.

Partiendo de un texto teatral hacer un cómic. Ambos son medios narrativos pero ahí acaban sus semejanzas. Al cómic, como al cine, se le exige acción, movimiento, riqueza de exteriores. La gran diferencia reside en la planificación, el viñetaje, que decimos en el medio. Hay que descomponer la acción en planos, en este caso viñetas. Componer página a página, visualmente, el desarrollo de la historia. Es la parte más apasionante. Una vez que tenemos abocetadas las páginas, que vemos a los personajes moverse por las viñetas, tenemos el cómic. El resto: perfilar el dibujo, entintar y colorear, son acciones más mecánicas. Escribir el guión y hacer el viñetaje, ahí reside, desde mi punto de vista, el meollo de los cómics. No tanto en el dibujo como pudiera pensarse en un principio. El cómic es narración por encima de todo, es un “arte secuencial” como decía el maestro Will Eisner. Un dibujo genial, preciosista, pero que nos aleje de la historia, que nos impida sumergirnos en los entresijos de la acción, a causa de su virtuosismo, no será un buen cómic.

Cuando hablamos del cómic histórico hemos de pasar ineludiblemente por la fase de documentación. Aquí puede residir una de las causas, entre muchas otras, de la pereza de nuestros autores a la hora de afrontar una novela gráfica histórica. No solo hay que documentarse literaria e históricamente, leyendo sobre el personaje o hecho que queremos mostrar y sobre la época en la que se desarrolla nuestra novela. Es necesario conocer todo su aspecto: paisajes, ciudades, aldeas, edificios, interiores, vestuario, herramientas, armas... Hace años esta fase suponía un escollo difícil de superar, pero hoy en día internet facilita sobre manera la documentación.

En el caso de mi novela gráfica tenía que documentar un corral de comedias del siglo XVI y seis interiores o localizaciones: la consulta de Rodrigo, el palacio del bajá de Argel, una bodega en Esquivias, la cueva Medrano, la casa de las cervantas en Valladolid y el despacho de Francisco de Robles.

Este proceso de documentación gráfica hace años me habría supuesto bastantes viajes para poder fotografiar los dichos escenarios. Pero hoy en día podemos encontrar en internet decenas de fotos desde variados ángulos del corral de comedias de Almagro, en el que me he inspirado, de la casa de las cervantas en Valladolid, o la de Cervantes y su mujer en Esquivias, o grabados de Argel en el siglo XVI, o cuadros de consultas de cirujanos sangradores y en fin, una riqueza de documentación gráfica al alcance de la mano inimaginable hace poquísimos años.

Dibujar una novela gráfica de autor es un proceso lento y solitario. Especifico lo de autor porque el cómic todavía en algunos países como Francia, Estados Unidos o Japón, es una industria. Y como tal, para mantener la producción es necesario el concurso de varios artistas en un mismo libro. Aparte del guionista puede haber un planificador, un dibujante de personajes, otro de escenarios, un entintador, un colorista y un editor supervisor. Hay firmas, por supuesto, pero muchos de los grandes autores del mercado principal necesitan un plantel de colaboradores. No hay *mangaka* japonés que no tenga tres o cuatro dibujantes trabajando en su estudio.

Pero el historietista completo, guionista y dibujante, como es mi caso, suele trabajar solo en su estudio. Una novela gráfica como “La Ensoñación del Genio” exige, al menos un año de trabajo exclusivo, solo en la parte gráfica, partiendo de un guión escrito.

El cómic español no ha abordado la vida de Cervantes. Sí que hay muchas y buenas adaptaciones del Quijote a las viñetas pero de su creador, prácticamente nada. Por lo que yo alcanzo, sólo un cuadernillo de la Editorial Novaro, editorial mejicana que en mi juventud editaba vidas de personas ilustres. El maestro historietista Miguelanxo Prado ha hecho una serie de magníficas ilustraciones sobre la vida de Cervantes editadas en libro. Hay algún libro ilustrado más sobre su vida, principalmente para niños. Pero narrativa dibujada, nada. Por eso me siento orgulloso de haber utilizado el cómic, los tebeos, como lo llamaba de niño, para divulgar la vida del Príncipe de los Ingenios. Me gusta pensar que mi trabajo de divulgación histórica a través del teatro y los cómics puede entrar dentro de la antigua denominación: “arte docente”. Y con esas excusas, la de divulgar, la de agradecer y la de disfrutar me he permitido convertir a Cervantes en un personaje de cómic.

En Hervás (Cáceres) a 12 de agosto de 2016

Miguel Gómez Andrea  
Historietista, actor y dramaturgo